



*Del corazón de
las madres al
corazón de los
hijos*

Texto extraído del libro de Roberto de Mattei,

El Cruzado del Siglo XX – Plinio Corrêa de Oliveira,
Cap. I, nº 5,

Ed. PIEMME, 1996, Casale Monferrato, Italia



Sepulcro de Da. Lucilia en el Cementerio da Consolação

En el Cincuentenario de Doña Lucilia Corrêa de Oliveira

“Mi madre me enseñó a amar a Nuestro Señor Jesucristo, me enseñó a amar a la Santa Iglesia Católica”

Con estas palabras simples y profundas, el prof. Plinio Corrêa de Oliveira resumió el papel desempeñado en su educación por su madre Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira.

Después de una vida dedicada a la oración y a la educación de sus hijos y luego a sus nietos, Doña Lucilia entregó su alma a Dios el 21 de abril de 1968. Recordando el quincuagésimo aniversario de su tránsito, ofrecemos a nuestros lectores este breve artículo ilustrado, en formato pdf, que resume su vida.

Que Doña Lucilia sirva como modelo e inspiración para las madres de hoy, que luchan en una verdadera guerra contra la familia, para que sus hijos también puedan perseverar y transmitir la fe a las nuevas generaciones.



Lucilia Ribeiro dos Santos , madre de Plinio, nació en Pirassununga, en el estado de San Pablo, el 22 de abril de 1876, siendo la segunda de cinco hijos. Su infancia había transcurrido en un ambiente doméstico tranquilo y aristocrático, iluminado por la figura de sus padres Antonio (1848-1909), uno de los mejores abogados de aquel tiempo en San Pablo, y Gabriela (1852-1934).

En 1893 la familia se había trasladado a San Pablo, a un palacete del barrio señorial de los Campos Eliseos. Aquí, a los treinta años de edad, Lucilia había conocido y desposado al abogado João Paulo Corrêa de Oliveira , oriundo de Pernambuco, en el Nordeste brasileño, quien se trasladó San Pablo tal vez por sugerencia de su tío, el Consejero João Alfredo.



El abogado João Paulo Corrêa de Oliveira y Doña Lucilia Ribeiro dos Santos el día de su matrimonio, en 1906

Cuando Da. Lucilia esperaba el nacimiento de Plinio, su médico le anunció que el parto sería arriesgado, con probabilidad de que ella o el niño muriesen. Le preguntó, entonces si no preferiría que le practicasen el aborto para evitar poner en riesgo su propia vida. Da. Lucilia respondió de manera tranquila pero firme: “¡Doctor, esta no es una pregunta que se pueda hacer a una madre! Ud. no debería siquiera haberla pensado”. En este acto de heroísmo trasluce bien la virtud de

una vida entera.

“La virtud —escribe Mons. Trochu— pasa fácilmente del corazón de las madres al corazón de los hijos”. *“Criado por una madre cristiana, valerosa y fuerte —escribe de su propia madre el P. Lacordaire— la religión pasó de su pecho al mío, como una leche virgen y sin amargura”.* En términos análogos, Plinio Corrêa de Oliveira recordó deber a Da. Lucilia el cuño espiritual que desde la infancia selló su vida: ***“Mi madre me enseñó a amar a Nuestro Señor Jesucristo, me enseñó a amar la Santa Iglesia Católica” . “Yo recibí de ella, como algo que debe ser tomado profundamente en serio, la Fe ca-***



tólica apostólica y romana, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y a Nuestra Señora” .

En una época en la que León XIII había exhortado a colocar en el Sagrado Corazón de Jesús *“toda la esperanza, a pedirle y esperar de Él la salvación”*, la devoción que caracterizó la vida de Da. Lucilia fue la del Sagrado Corazón, que es por excelencia la devoción de los Tiempos Modernos. Una iglesia dedicada al Corazón de Jesús se levantaba no lejos de la casa de los Ribeiro dos Santos. La joven madre la visitaba todos los días llevando consigo a Plinio y su hermana Rosée.

Fue allí, en el clima sobrenatural que caracterizaba las iglesias de otra, observando a su madre en oración, que se formó en el espíritu de Plinio aquella visión de la Iglesia que lo marcaría profundamente. *“Yo percibía —recordará Plinio Corrêa de Oliveira— que la fuente de su modo de ser estaba en su devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por medio de Nuestra Señora”*.

Da. Lucilia permaneció siempre fiel a la devoción de su juventud. En los últimos años de su vida, cuando las fuerzas no le permitían dirigirse a la iglesia, ella pasaba largas horas en oración, hasta entrada la noche, de-

lante de una imagen de alabastro del Sagrado Corazón entronizada en el salón principal de su residencia.

Las notas dominantes del alma de Da. Lucilia eran la piedad y la misericordia. Su alma se caracterizaba por una inmensa capacidad de afecto, de bondad, de amor materno que se proyectaba mas allá de los dos hijos que le había dado la Providencia.

“Ella poseía una enorme ternura —decía Plinio Corrêa de Oliveira—: fue afectuosísima como hija, afectuosísima como hermana, afectuosísima como esposa, afectuosísima como madre, como abuela y hasta como bisabuela. Ella llevó su afecto hasta donde le fue posible. Pero tengo la impresión de que en ella hay algo que da la nota tónica de todos esos afectos: ¡es el hecho de ser, sobre todo, madre! Ella posee un amor desbordante no sólo a los dos hijos que tuvo, sino también a los hijos que ella no tuvo. Se diría que ella era hecha para tener miles de hijos y que su corazón palpitaba del deseo de conocerlos”.

Quien no ha conocido a Da. Lucilia puede intuir la fisonomía moral a través de la imagen que transmiten algunas expresivas fotografías, así como a través de los numerosos testimonios de quienes la recuerdan en sus últimos años.

Ella representaba el modelo de una perfecta señora, que hubiera encantado a un San Francisco de Sales en



Plinio en el día de su Primera Comunión

busca de la figura ejemplar que inmortalizó con el nombre de “Filotea”.

Se puede imaginar que Da. Lucilia educase a Plinio en el espíritu de aquellas palabras que S. Francisco Javier dirigió a su hermano, cuando lo acompañaba una noche a una recepción: *“Seamos distinguidos, ad majorem Dei gloriam”*.

La perfección de las buenas maneras es el fruto de una ascesis que sólo se puede alcanzar con una educación destilada a lo largo de siglos, o con un eximio esfuerzo de virtud como el que se encuentra a veces en los conventos contemplativos, en los que es impartida a las jóvenes novicias una educación que, bajo este punto de vista, se podría considerar regia.

Además, el hombre es hecho de alma y cuerpo. La vida del alma está destinada a manifestarse sensiblemente a través de la del cuerpo, y la caridad se expresa a través de actos externos de cortesía.

La cortesía es un rito social alimentado por la caridad cristiana, también ordenada a la gloria de Dios. *“La cortesía es a la caridad lo que la liturgia es a la oración: el rito que la expresa, la acción que la*

encarna, la pedagogía que la suscita. La cortesía es la liturgia de la caridad fraterna”.

Lucilia Ribeiro dos Santos encarnaba lo que había de mejor en el espíritu de la antigua aristocracia paulista. En la cortesía de su madre, expresión de su caridad sobrenatural, el joven Plinio veía un amor al orden cristiano llevado a sus consecuencias extremas y una repulsión igualmente radical por el mundo moderno y revolucionario que irrumpía.

El trato aristocrático y la afabilidad de las maneras fueron desde entonces una constante de su vida.

Plinio Corrêa de Oliveira —que en sus modales recordaba al Cardenal Merry del Val, el gran Secretario de Estado de San Pío X, célebre por la humildad de su alma y la perfección de las buenas maneras— sabía estar magníficamente en sociedad. Su porte era ejemplar, su conversación inagotable y fascinante.

La Providencia dispuso que estas cualidades se alimentasen y renovasen en una convivencia cotidiana que se prolongó hasta 1968, cuando Da. Lucilia murió, a los 92 años de edad.

